

***Pliegos alzados. La historia de la edición, a debate***  
**Fernando Larraz, Josep Mengual y Mireia Sopena (eds.)**  
**Gijón: Ediciones Trea, 2020**  
**302 páginas**

El presente volumen pretende llenar un hueco significativo, insuficientemente tratado hasta el momento, en la investigación aún escasa relacionada con la historia de la edición, concretamente la que atiende al contexto iberoamericano y, todavía más, español: el abordaje multidisciplinar, esto es, la inclusión de enfoques diversos y no jerarquizados sobre el objeto de estudio. Ello con el fin último de dialogar críticamente con otras obras sobre esta materia producidas previamente —en particular con la *Historia de la edición española* de Jesús A. Martínez Martín— y, así, poder extraer marcos generales y orientaciones útiles para estudios futuros. Esa es, en esencia, la propuesta distintiva que nos hacen llegar los editores en la «Introducción», donde se precisa también el origen del proyecto, que se ubica en unas jornadas de debate organizadas en la Universidad de Alcalá en noviembre de 2016. Los más de veinte autores que comparten su experiencia profesional e investigadora a lo largo de sus páginas, apadrinados por Gonzalo Pontón —cuyo prefacio hace las veces de capítulo inicial celebratorio de la necesidad de convocar el concurso de los diferentes campos de conocimiento que se dan cita en el mundo editorial, por alejados o incluso arbitrarios que puedan parecer—, parten de puntos distintos para converger al final, cada cual a su manera, en el mismo lugar: el reconocimiento del valor que posee la edición en cuanto que variable imprescindible para la adecuada comprensión de la historia cultural contemporánea. Así pues, las seis partes diferenciadas que organizan el contenido teórico del libro aspiran a considerar la práctica totalidad de sectores a los que le concierne la cuestión planteada: la metodología indispensable para disponer una historia de la edición consistente, las fuentes utilizadas en su análisis, la historiografía editorial como práctica, el mercado editorial como espacio en el que convergen el diseño, la publicidad y otros elementos paratextuales que, sin embargo, resultan imprescindibles para entender mejor las condiciones de producción y de circulación de los libros; las políticas estatales relativas al libro y, por último, las redes transnacionales que, a nivel editorial, median muy claramente en la circulación de las ideas.

De los primeros capítulos —así como de los últimos— es preciso destacar ante todo la voluntad de sus autores por establecer una filiación explícita (reconocible en el vocabulario empleado y en los presupuestos metodológicos esgrimidos) con la sociología de inspiración bourdieuana, mediante la que es posible aproximarse, por un lado, a las condiciones materiales de producción de la literatura en sentido lato y, por otro, a las estrategias (conscientes o inconscientes) de los múltiples agentes implicados, sin las cuales la complejidad del campo editorial restaría ininteligible. José Luis de Diego, que tiene en su haber otro de los grandes antecedentes en los que, en parte, el libro aquí reseñado se mira, *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2010*, y que por lo demás es una referencia más que consagrada en este ámbito, tiene a bien inaugurar la fracción más puramente teórica del volumen estableciendo, a modo de pertinente advertencia, una serie de dicotomías problemáticas que constituyen tanto escollos ya conciliados como desafíos a

los que las investigaciones presentes y futuras habrán de enfrentarse forzosamente: editores/políticas editoriales, libro/edición/lectura, nacional/mundial, etc. Se trata de dilemas que tienen que ver con algunos de los aspectos establecidos inicialmente por Chartier y Darnton, los primeros historiadores que se ocuparon propiamente de la edición y cuya mención, ya sea para ratificar lo dicho o para señalar posibles limitaciones, es una constante para la mayor parte de los autores de *Pliegos alzados*. De Diego plantea, entre otras cosas, la obligatoriedad de trabajar con el dinamismo y la diacronía como principios rectores, atenerse al estudio específico de casos y proyectar una mirada internacional sobre el asunto. Este programa de trabajo, que de nuevo hace hincapié en la exigencia de interdisciplinariedad, resulta tremendamente útil por cuanto permite dar cuenta con bastante exactitud de la lógica que subyace a las transferencias de capital simbólico y al funcionamiento de los polos culturales. Por su parte, en el capítulo siguiente, y en la línea de lo expuesto por el investigador argentino, Max Hidalgo esboza un muy necesario estudio comparado de la historia del libro desde la teoría de la literatura en Argentina y en España, con una importante introducción de carácter teórico que vuelve sobre los autores ya mencionados. Con ello consigue principalmente arrojar luz sobre las deficiencias que han aquejado a los campos académico y crítico en España, que Hidalgo conceptualiza en la inteligente fórmula de «resistencia a la teoría», y también sobre las tareas que aún quedan pendientes. Dicha «resistencia» podría caracterizarse por la dominación excesiva de los métodos filológicos clásicos y por la ausencia de una perspectiva que tome en consideración la doble faz económica y simbólica del libro. El análisis del campo argentino revela cómo la intensa politización de los años 60 y 70 facultó la penetración de la teoría literaria en el contexto de una crisis disciplinaria, mientras que el caso español se topó con la represión y la censura propias de la dictadura franquista, que dificultaron extremadamente el establecimiento de una continuidad respecto al productivo campo cultural republicano.

Otra parada obligatoria en esta reseña la conforma el capítulo de Josep Mengual, que proporciona un estimulante cuestionamiento de los objetos y de las definiciones convencionales que tradicionalmente se han adscrito tanto a la crítica literaria como a la historia de la edición como tal a partir de las incongruencias evidenciadas recientemente en ciertos órganos de consagración. La propuesta del autor pasa por la inclusión, en el debate sobre los *enjeux* de la edición, de objetos desatendidos hasta el momento, como las canciones, los catálogos artísticos o los recitales, por citar solo algunos. Para explicar esa desconsideración y para atajarla conviene llamar la atención sobre la distinción, que la lengua castellana no recoge pero que podría incorporar de alguna manera, entre quien edita (*editor*) y quien publica (*publisher*), lo que contribuiría a esclarecer los límites de lo que se entiende por «obra derivada». Del capítulo de Carles Santacana cabe señalar fundamentalmente el espíritu utilitario con que el autor subraya la importancia del mundo editorial en la historia intelectual y cultural, emanado este directamente de su experiencia empírica. El historiador explora sin afán necesariamente concluyente cuestiones como la del papel que cumplen los intermediarios entre autores y consumidores, la de las relaciones poco transitadas entre la historia de la edición y la historia de la prensa o la de las traducciones como uno de los elementos que intervienen en los flujos de la circulación internacional de las ideas (algo que más adelante se tratará y que nos remite, aunque el autor no

lo mencione, a los estudios desarrollados en este ámbito por Gisèle Sapiro), entre otras. Abriendo la sección contigua y amparándose en el cambio de paradigma que propiciaron en el siglo pasado algunas corrientes historiográficas vinculadas a la «historia desde abajo» o a la «microhistoria», Ana Mosqueda examina la correspondencia editorial entendiéndola como fuente de gran valor en lo que puede comunicar sobre los problemas a los que hace frente la industria editorial de cada época (negociación de contratos, censura y autocensura, situación del mercado, conflictos entre autores y editores, etc.). A modo de estado de la cuestión, la autora efectúa un recorrido por algunas de las aproximaciones que han configurado la historia social de la cultura escrita, concluyendo que, si bien las cartas son documentos primarios, deben ser asimismo interpretadas, en cuanto que ejercicios discursivos impregnados de actitudes y valores, por el investigador.

Fernando Larraz dedica el espacio de su capítulo a definir con mucho acierto las variables que constituyen el catálogo editorial, factor de gran importancia por cuanto posibilita enormes transferencias de capital simbólico de los editores a los autores (y viceversa, cabría añadir) y modela los cánones. Aparece una vez más el nombre de Pierre Bourdieu, cuyas herramientas conceptuales permiten entender en paralelo la materialidad del catálogo (el objeto físico que opera como muestrario comercial) y su naturaleza simbólica (la identidad que aporta a la editorial). Así, el catálogo es el lugar donde se dan cita la dialéctica entre lo clásico y lo innovador, las identidades colectivas de un territorio o de una época, el valor atribuido a los diferentes géneros y subgéneros, las redes de sociabilidad intelectual y de cercanía o lejanía con el poder o el significado ideológico del que se dotan las colecciones, por ejemplo. Los proyectos editoriales se hallan por todo ello objetivados en los catálogos, y es ahí donde la historia de la edición debe dirigir la lupa, argumenta Larraz sin equivocarse. A continuación, Manuel Llanas configura un impresionante listado de archivos, bibliotecas, instituciones, fondos documentales, portales bibliográficos, repertorios enciclopédicos y otros recursos de enorme interés para los y las investigadoras interesadas en las cuestiones relacionadas con la edición, provengan del ámbito que provengan.

La sección consagrada a los estudios de caso se inicia con la contribución de Mireia Sopena, que expone sintéticamente, pero con rigor las vicisitudes y circunstancias en las que se vieron tanto las iniciativas editoriales en lengua catalana como las tentativas de su estudio a lo largo del siglo pasado, recorrido que llega hasta la actualidad y que culmina con un llamamiento a la imbricación de disciplinas y profesionales de diverso pelaje para fortalecer el ámbito de la historia de la edición. Tal empresa comienza apuntando los nefastos efectos que tuvo la victoria franquista sobre las lenguas no castellanas, para después periodizar las etapas que fue conociendo la historiografía de la edición en catalán. En el primer periodo emergen editoriales como Curial y apellidos imprescindibles como los de Fuster, Vallverdú o Massot i Muntaner. Más adelante se mencionan, por ejemplo, el catálogo de Edicions 62 y la labor de Vallcorba al frente de Quaderns Crema. La segunda etapa, en parte anunciada por Gallofré, es calificada por la autora como «canonizadora»; esta y las posteriores empezaron a atraer la atención académica de estudiosos como Manuel Llanas, Teresa Ferriz Roure, Josep Lluch o la propia Sopena. Aunque el espacio restringido del que disponemos nos impide dar cuenta de la variedad de proyectos a los que se alude, los trabajos sobre Janés, la presencia de

grupos de investigación en las universidades catalanas y el cometido de Josep Mengual merecen citarse. En lo que concierne a la literatura chicana, Manuel M. Martín Rodríguez ofrece una interesante aproximación al fenómeno mediante el análisis de los retos a los que se enfrenta su campo editorial desde la década de los 70, precedido de una contextualización histórica de las relaciones entre colonialidad y escritura. Teniendo en cuenta el progresivo desplazamiento del español y de su literatura del espacio público, el autor advierte la necesidad de estudiar seriamente no solo las editoriales establecidas, sino también las revistas y demás publicaciones periódicas y efímeras, las imprentas y los talleres tipográficos que nacieron al calor de la politización de los 60 y 70. Un sinnúmero de ejemplos convocados por el autor ilustra la condición transnacional de este caso: escritores formados en México y publicados en Estados Unidos o viceversa, y que participan en la vida cultural de ambos países, obras chicanas publicadas en México, obras rescatadas décadas más tarde por las editoriales en un intento de normalizar la historia literaria chicana, el plurilingüismo manifiesto, etc. Tampoco deben ignorarse las conexiones entre el arte chicano y la literatura (con especial énfasis en la ilustración), que surgieron a la par, y entre estos y los movimientos de protesta avivados en los años ya referidos. Para terminar, Rodríguez registra y ordena ciertos temas que, a este respecto, aún no han conocido un desarrollo teórico pleno.

La aportación de Consuelo Sáizar aspira a sentar las bases para una historia comparada del libro entre México y España, centrándose sobre todo en aspectos relacionados con la preservación documental y asumiendo que las industrias editoriales de ambos países testimonian un hermanamiento histórico que, no obstante, es preciso someter a examen a la luz de las décadas recientes. Tras repasar la importancia del libro como objeto social, la autora proclama la obligación de conservar la máxima cantidad de materiales relativos a la producción editorial del libro (actas oficiosas, contratos, correspondencia, críticas en prensa, cifras de venta...), los cuales ayudarían a documentar sólidamente su historia cultural en forma de «memorias editoriales». El bloque dedicado al mercado del libro reúne capítulos dedicados al diseño editorial, a la publicidad y a los elementos paratextuales en la obra de José Janés. En lo que concierne al primer asunto, Marina Garonte emplea el sugestivo término de «capital visual» —que cobra más sentido cuando se ha leído, por ejemplo, el capítulo de Larraz— para hacer referencia a la manera en la que la identidad gráfica coadyuva al reconocimiento y la recordabilidad de los sellos editoriales. El diseño de las cubiertas, que es hoy una herramienta de *marketing* privilegiado, no se sistematizó hasta el siglo XX. Sin embargo, la identidad gráfica no se circunscribe solo a este elemento, más ligado quizá a los diseñadores, sino que incorpora también en su definición a autores, editores, críticos y libreros, cuyas miradas resultan imprescindibles en el proceso de conformación de dicha identidad, tal y como ella misma explica. Si Larraz profundizaba en la condición simbólica del catálogo, Pedro Rueda insiste en su eficacia publicitaria, que es también la de otros materiales efímeros impresos como los carteles, las tarjetas, los folletos y los anuncios en la prensa. Hay que felicitar, en concreto, el esfuerzo del autor por inventariar la incidencia que los manuales sobre publicidad han tenido en las prácticas publicitarias desde finales del siglo XIX hasta el primer tercio del XX. De la aportación de Jacqueline Hurlley cabría recalcar su lúcida mirada sobre los peritextos nacidos del trabajo editorial de Janés, los cuales, siguiendo su hipótesis, presentaban

en mayor o menor medida un grado considerable de subversión en la época más oscura de la historia de la España contemporánea.

La penúltima sección del volumen se ocupa de las políticas referidas al libro. Estas son, en la definición de Ana Martínez, el «conjunto de acciones oficiales y particulares desarrolladas para la difusión de lo impreso en la sociedad» (2020: 212). Engloban, así, tanto las iniciativas estatales como las estrategias de editores y libreros y también su impacto en el público —ecos de Bourdieu, una vez más—. La autora ilustra la importancia que detentan las políticas del libro acudiendo al ejemplo alentador de la Segunda República española, un proyecto cultural que promovió la lectura junto a los derechos políticos y sociales. El capítulo concluye, nuevamente, instando a la observación multidisciplinar de las políticas culturales y económicas oficiales y oficiosas. La dictadura franquista, que impuso la ley del silencio sobre infinidad de referentes culturales, encontró sin embargo la resistencia pertinaz de la disidencia editorial interna y externa, representada por, entre otras, Nova Terra, Ciencia Nueva y Ruedo Ibérico, respectivamente. El estudio de Francisco Rojas al respecto contiene además información valiosa a nivel historiográfico sobre las etapas del dirigismo cultural y las fuentes consultables. Sin cambiar de coordenadas, Jordi Cornellà-Detrell escribe sobre la importación, distribución, venta y consumo de libros ilegales durante la dictadura. Consultando la correspondencia de editores más afines al régimen y los documentos producidos por los censores, el autor ofrece una panorámica de los modos en los que, durante el primer franquismo, ciertos libreros y editores establecieron acuerdos de colaboración con editoriales ubicadas en Latinoamérica; y, durante el segundo, algunos intelectuales importaron libros a pequeña escala y muchas librerías contaban con estancias dedicadas a la lectura de los libros censurados. Lo que se demuestra con ello es que los mecanismos represivos del franquismo no solo prohibieron ciertos textos, sino que alteraron todos los eslabones de la cadena editorial.

El ocaso del volumen lo constituyen una serie de capítulos dedicados a explorar el funcionamiento de las redes transnacionales en lo que atañe a la edición. Aparecen entonces alusiones a los trabajos de Pascale Casanova, de la ya citada Sapiro y de su colega Johan Heilbron, quienes siguen la estela de Bourdieu y conciben estas redes como espacios relacionales que desbordan las fronteras nacionales y las lógicas institucionales. El primero de ellos, escrito a cuatro manos por Diana Roig y Sílvia Coll-Vinent, se centra en dos agentes mediadores del campo catalán, Joan Estelrich y Josep Maria Junoy, cuyas propuestas editoriales revelan una intensa filiación francesa. Pero, sobre todo, este estudio pretende superar el nacionalismo metodológico proyectando una mirada sobre la naturaleza global de la edición amplia, flexible, intercultural e interdisciplinar. Situada también en el campo editorial catalán, Montserrat Bacardí reflexiona sobre el binomio edición-traducción sosteniendo que esta última es más funcional cuanto más desarrollado está un territorio a nivel político, económico y social (una afirmación un tanto complicada que convendría debatir pausadamente). Por lo demás, el capítulo repasa con gran esmero el denuedo de Maragall, de L'Avenç, del Institut d'Estudis Catalans, de Proa o de Edicions 62, entre otras, por hacer del catalán un vehículo de importación de los grandes clásicos de la literatura universal desde finales del siglo XIX. Finalmente, Daniel Melo se consagra con pulcritud a la investigación comparativa de las políticas nacionales que en Brasil, Colombia, Portugal y

España operaron a través del acceso a un sistema de bibliotecas públicas y a través de algunos organismos y asociaciones de la sociedad civil (como el Grupo Iberoamericano de Editores de la UIE, por citar solo un ejemplo), así como del mercado internacional del libro, del que el autor presenta como apéndice una exhaustiva radiografía; todo lo cual nos invita a pensar convenientemente las relaciones desiguales entre los centros y las periferias en el contexto de la economía-mundo.

Nos parece haber probado, en definitiva, que, lejos de suscribir discursos excesivamente complacientes, el conjunto de autores y autoras que ha labrado *Pliegos alzados. La historia de la edición, a debate* se compromete firmemente por seguir afrontando los retos que una historia de la edición multidisciplinar y de largo alcance tiene pendientes.